



Literatura Libre

Por Eduardo Anguita

A GRADEZZO a aquel amigo que, hace ya tiempo, me ofreció su revista literaria para que colaborara, escribiendo lo que yo quisiera. El ponía énfasis en esta condición: "Eso sí que tienes que escribir lo que quieras, ¡Lo que quieras...!" Primero, me entró una duda: ¿acaso no he escrito siempre lo que quiero? Por otra parte, poco a poco empecé a experimentar esa liberalidad tan plausible como algo imperativo. Sin embargo, en el lado opuesto de esta irrestricta libertad del escritor, ¿qué había? "Debes usted escribir sobre este asunto y decir que... Debe desarrollar su relato en estilo claro", etc. Curiosa paradoja: Apenas a un autor le sugieren o, por el contrario, le obligan a escribir sobre un asunto y de tal o cual manera, el hombre se recoge, se encoge y se acongoja. Se siente dirigido.

En tiempos de la segunda guerra mundial, muchos autores hicieron lo que se llamó "literatura comprometida" (engagée). Sobre la predicó y escribió; pero todos aquellos novelistas y poetas lo hacían espontáneamente, por propia convicción y sentimiento. De ahí a convertirse en un dato universal, no hubo más que un paso.

Se fustigaba, en todas partes, a los poetas que practicaban el calificativo "arte puro" (como si éste existiera, en estricto rigor, en algún lugar del mundo!).

Por mi parte, yo no podría escribir lo que otros querían, aunque lo que querían es que yo escribiera como quiera. Surge, primero, una inhibición; luego una confusión: se trata de que me pongo a indagar mi querer profundo, (mi *Gemüt*), para saber qué es lo que realmente quiero; pero el *Gemüt* no se deja pesquisar así no más, ni por su dueño; y, pequeño déjile, resulta que el *Gemüt* es Yo mismo. He aquí ya uno de los muchos escollos inútiles que se intercepcionan inevitablemente y sin resultado práctico alguno.

Mi parecer es muy simple, pero irrefutable. En el caso de los poetas —que es más difícil como terreno para una obra "comprometida"—, el autor, en el mejor de sus estados precreadores, debe estar precedido por una "ceguera inicial", una desnudez total de todo juicio o prejuicio, propios o ajenos, cualquiera sea su índole: sociopolítica, religiosa, filosófica, moral... Hay que olvidar hasta

nuestras propias convicciones, por nobles que sean. La poesía es un mundo que no acepta ropa usada. ¡Sólo la primera mirada, limpia de toda convención! Imagino a San Agustín, si hubiera sido acosado por un superior eclesiástico, censor y guía: ¿habría ni siquiera pensado en las Confesiones, las habría producido? ¿Habría escrito este sublime postulado, tan audaz a simple vista: "Ama y haz lo que quieras"? Y he aquí que, sin suponerlo, nos hemos encontrado con algo que resuelve todo, no sólo el escribir lo que se quiera, sino el hacer lo que se quiera. ¡Lo que se quiera!

Con eso, el problema que hubo entre los literatos es superado en sí mismo y, desde luego, el debate respectivo subiría aquí realmente de nivel. No obstante, dejando por ahora a San Agustín, diré unas cuantas palabras más sobre la "ceguera" o "ignorancia inicial". He dicho que el poeta debe olvidarlo todo, hasta sus propias convicciones. En ese estado, puede escribir y exigir su realidad, la realidad de ese momento. La "realidad" anterior y estereotipada es una convención que se borra automáticamente en todo autor de valer antes y durante su creación. La

ignorancia previa es primordial para producir una auténtica obra de arte.

San Juan de la Cruz, definiendo el sentir místico, dijo en un verso: "Es un saber no sabiendo", con lo que quiso significar que el éxtasis une totalmente a la creatura con su Creador, por encima de saberes, de palabras y razones. Para el poeta, valga ese verso, pero yo lo acomodo mejor a la naturaleza de su ejercicio singular, invirtiendo la frase: "Es un no saber sabiendo". El poeta, a semejanza del místico, sabe. Pero lo que ambos usualmente "saben" es cosa de juicios, ideologías, preceptos, costumbres de percibir y juzgar. Y de lo que se trata —para el místico— es saber de Dios uniéndose a El. Y —para el poeta— se trata de unirse a un estado de pureza espiritual primera, en que se ignoran los mecanismos intramundanos y se ve y se expresa un ver que nunca habíamos sospechado y que traspasa la realidad para mostrarnos cómo es ella sin la intervención de los torpes instrumentos de la razón. "La poesía es primera vez, siempre es primera vez". Su modo de saber también es una unión, ciega y lúcida.

Literatura libre [artículo] Eduardo Anguita.

Libros y documentos

AUTORÍA

Anguita, Eduardo, 1914-1992

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Literatura libre [artículo] Eduardo Anguita.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile